

Gonzalo Drago

por LUIS ENRIQUE DELANO

CUALQUIERA que conozca al hombre cordial, tranquilo y bondadoso que es Gonzalo Drago, tendrá que convenir en que en su última novela *La esperanza no se extingue* (Nascimento) hay una carga autobiográfica poderosa y sorprendente. Ese enfermo un poco lánguido del Hospital Bulnes, pero que no se quiere dejar vencer; acosado por sueños y fantasías, pero nunca negado a la exactitud de la lógica; hombre que observa con piedad y solidaridad los dolores ajenos en el sitio en que se halla, casi sin pensar en los propios; el buscador de la verdad en los fenómenos externos y en su propia mente, no es otro que el propio autor, el propio Gonzalo Drago. A ratos, ciertas descripciones —no físicas, sino de estados de ánimo de ese personaje— toman todo el carácter de un acabado autorretrato.

Gonzalo Drago, sin embargo, es un ser suave y apacible siempre y cuando no se le ponga frente a una injusticia flagrante. Y como de éstas hay tantas en la sociedad en que vivimos, capaces de sublevar las conciencias más quietas, el ser tímido y más bien solitario que el escritor parecía, debió transformarse en combatiente, en militante, pues, individualmente, solo, nadie puede luchar contra la injusticia social. El despertar de la conciencia de clase, el adquirir la convicción de que se pertenece a una capa explotada pero que es capaz de sacudirse el yugo, de nada valen si no van unidos a la decisión de la lucha en las filas de un vasto ejército mundial.

La marea de la vida empujó a Drago en distintas direcciones, llevándolo a desempeñar diferentes oficios, desde marinero en aduanas más o menos remotas hasta empleado en las minas "El Teniente" o en los "sótanos lóbregos" de las Tesorerías. En su ejercicio conoció la injusticia, la brutalidad, la explotación, la dureza de la

vida, en fin. Pero también —y quizás esto es más importante— se las arregló para encontrar al hombre, rasguando un poquito en el pecho de seres que parecían brutales o salvajes, pero que lo eran sólo en apariencia. La galería de personajes, positivos y negativos, con quienes tuvo trato, es impresionante. Uno de ellos, el que llamó "Mister Jara" en un cuento clásico, inolvidable, se transformó para siempre en arquetipo del yanacóna (siútico, por añadidura) tan abundante, por desgracia, en nuestro medio. Otros muchos de esos seres aparecen realmente vivientes en la novela que acaba de publicar, *La esperanza no se extingue*, modelados por la mano solidaria y amable del escritor.

La novela, trabajada en torno a la actividad interior de un enfermo, que habla en primera persona, no excluye un recuento de la vida pasada, la niñez sin padre que ayude a aclarar los fenómenos que se van descubriendo, las relaciones humanas, el barrio, la iniciación sexual, los primeros amores, la madurez, la vida, en fin, la certeza de la esperanza que no muere, el derecho a un lugar bajo el sol: "Ahora comprendo —escribe— que soy un hombre, con todos los defectos y virtudes de la especie y que tengo derecho a estar en el mundo como el árbol, la piedra, el musgo que crece en el lomo de las tapias".